

XCIII.

Sentado en un montón de húmeda arena,
 extraño á la faena
 ocultaba su rostro entre las manos,
 mostrando sólo en su actitud doliente
 la ancha y curtida frente
 orlada á trechos de cabellos canos.

XCIV.

Cual no maduro fruto, que la helada
 malogra, su hija amada
 cayó marchita al soplo de la muerte,
 y se le sale, sin sentir, del pecho
 el corazón deshecho,
 en las acerbos lágrimas que vierte.

XCV.

Quién ha sufrido la mortal congoja
 que, sin piedad, deshoja
 como agostada flor nuestra ventura
 en ese instante de terrible prueba,
 en que voraz se lleva
 parte de nuestro sér, la sepultura;

XCVI.

cuando con lenta gradación se apaga
 la luz dudosa y vaga
 que colora la faz del moribundo,
 ¡ay! y á mellida que en sus ojos crece
 la sombra, nos parece
 que va cayendo en lobreguez el mundo;

XCVII.

cuando vencidos en estéril lucha,
 nuestra impotencia escucha
 el tremendo estertor de la agonía,
 y con angustia alborotada y loca
 posamos nuestra boca
 sobre otra boca descompuesta y fría,

XCVIII.

casi cerrada en su letal reposo
 al ritmo fatigoso
 que el pecho cadavérico le presta,
 y que ya de la muerte bajo el peso,
 ni al anhelante beso,
 ni al tierno abrazo, ni á la voz contesta;

XCIX.

cuando aún tibios los míseros despojos,
 vemos con turbios ojos
 toda nuestra ilusión desvanecida,
 y en medio del pesar que nos destroza,
 sentimos cuál se goza
 traidor recuerdo en encontrar la herida;

C.

cuando envuelto en su fúnebre mortaja,
 negra y medrosa caja
 al bien amado para siempre encierra,
 y siente el corazón despavorido
 el ruido, el sordo ruido
 que hace al cubrir el féretro la tierra:

CI.

¡ay! quien tenga grabada en su memoria
 esa trágica historia,
 sin cesar repetida y siempre nueva,
 verá, evocando su dolor pasado,
 el dardo envenenado
 que el triste padre en sus entrañas lleva.

CII.

Al verle presa de aficción tan viva,
 con frase compasiva
 le interrogó Miguel franco y abierto.
 Alzó el viejo la faz desencajada,
 y con voz desmayada,
 —¿No sabes?—sollozó—;mi Juana ha muerto!—

CIII.

El sentimiento concentrado es mudo,
 mientras un choque rudo
 no sacude el marasmo que le embota,
 porque entonces el ansia comprimida,
 como por ancha herida
 la hirviente sangre, atropellada brota.

CIV.

Y cuando el corazón rompe su valla,
 en el dolor que estalla
 se mezclan y amalgaman con espanto,
 como fundidos por el mismo fuego,
 la imprecación y el ruego,
 y el gemido, y la cólera, y el llanto.

CV.

Tal la voz de Miguel, blanda y serena,
 exasperó la pena
 que al tosco anciano le apretaba el cuello,
 y exaltándose al cabo poco á poco,
 con la rabia de un loco
 maldiciendo y mesándose el cabello,

CVI.

—¡ay!—de pronto exclamó con ceño adusto:—
 ¡Mentira! Dios no es justo
 cuando se goza en aumentar mi cuita.
 Tienen en buena paz muchos bribones
 tierras, barcos, millones...
 ¡yo, una pobre muchacha... y me la quita!

CVII.

¿Qué mal hacía la infeliz doncella?
 ¿Cómo vivir sin ella?...—
 Y se apagó la voz en su garganta.
 —Mas sin justicia ni razón me quejo,—
 gimió el honrado viejo:
 —¡No nació para el mundo! ¡Era una santa!—

CVIII.

Miguel, tendiendo al afligido anciano
 la encallecida mano,
 —vuelve á casa—le dijo—y llora y reza
 junto á la amada prenda que perdiste.
 —¡No!—contestóle el triste,
 moviendo gravemente la cabeza.

CIX.

—Aunque me falta el sol de la alegría,
 conservo todavía,
 gracias á Dios, mi voluntad de hierro.
 ¿Por qué te he de mentir, si eres mi amigo?
 Saldré á la mar contigo.
 ¡Necesito el jornal para su entierro!

CX.

Quiero comprarle, si tenemos suerte,
 las galas de la muerte:
 una cruz, un sudario y una palma.—
 Guardó breve silencio el desdichado,
 y luégo desolado
 clamó con bronco acento:—¡Hija del alma!—

CXI.

Su misma voz, que reprimir no pudo,
 como puñal agudo
 clavósele en el pecho, y tan activa
 creció en su corazón la angustia fiera,
 cual la insaciable hoguera,
 que cuanto más devora, más se aviva.

CXII.

Enternecido ante infortunio tanto,
 y conteniendo el llanto
 Miguel le respondió:—Tu pobre Juana
 tendrá lo que tu anhelo solicita:
 la humilde cruz bendita,
 la palma virgen y el sayal de lana.

CXIII.

Pero vuelve á tu hogar, porque no quiero
 que un bravo compañero
 á su propio tormento contribuya.
 No serás, si te niegas, buen amigo,
 y atiende á lo que digo:
 hoy pesco para tí. ¡Mi parte es tuya!—

CXIV.

Cayó, cual dulce bálsamo, la oferta
 sobre la herida abierta
 del triste anciano, y mitigó su duelo
 llanto reparador, tranquilo y suave.
 Siempre para quien sabe
 sentir, la gratitud es un consuelo.

CXV.

—¡Que Dios te colme de mercedes, hijo!—
 con blando acento dijo,
 las lágrimas secando en su mejilla.
 Miguel, para ocultar su sentimiento,
 ligero como el viento
 á la barca saltó desde la orilla.

CXVI.

Toda su gente al tráfago dispuesta,
 con ansia manifiesta
 esperaba no más la voz de mando.
 Dióla el patrón; y con vigor supremo,
 el resistente remo
 en las arenas de la playa hincando,

CXVII.

puso á flote la lancha embarrancada,
 que lenta y sosegada
 siguió después por la canal angosta,
 única vía, franca y descubierta,
 entre la barra incierta
 y las tajadas peñas de la costa.

CXVIII.

La roca, á modo de ciclópeo muro,
 inabordable, oscuro,
 desde la playa misma se adelanta,
 hasta la punta del siniestro Cabo
 do el mar potente y bravo
 con sorda intermitencia se quebranta.

CXIX.

Varias cruces sencillas de madera,
 en pavorosa hilera
 resaltan del peñón de trecho en trecho,
 señalando en el áspero arrecife,
 el sitio en que un esquife
 quedó, á los golpes de la mar, deshecho.

CXX.

Recuerda cada cruz alguna escena
 de horror y espanto llena
 Más de un pobre marino halló su fosa,
 entre el medroso y formidable estruendo
 de la borrasca, oyendo
 los desolados ayes de su esposa.

CXXI.

Donde la punta del peñón termina,
 por mísera y mezquina
 pudiérase decir que el mar desdenea,
 aunque á veces su presa le disputa,
 una abrigada gruta
 labrada por las olas en la peña.

CXXII.

Gratas para las lanchas pescadoras
 las apacibles horas
 trascurren sin sentir. Con los reflejos
 de la luz que en las aguas reverbera,
 el mar, como si fuera
 de inflamado metal, brilla á lo lejos.

CXXIII.

Miguel desde la popa de su barca,
 con la mirada abarca
 el golfo en que indolente se aventura.
 Está á sus piés sumiso y reposado
 como león cansado,
 y la atmósfera azul, diáfana y pura.

CXXIV.

Lánguida brisa, replegando el ala,
 mansamente resbala
 sin conmover el piélagos sereno,
 como el aliento sosegado y leve,
 que apenas alza y mueve
 de una virgen dormida el casto seno.

CXXV.

El barco, al apartarse de la playa,
 como argentada raya
 deja en las ondas su espumosa estela,
 y al avanzar con suave balanceo,
 va como si el deseo
 le sirviese de estímulo y de vela.

CXXVI.

Del tiempo, más que del trabajo, avara,
 la gente se prepara,
 el remo suelta, y su esperanza funda
 en la corriente azul del Oceano,
 como el dolor humano,
 amarga, sí, pero también fecunda.

CXXVII.

Tres veces por el ámbito marino
 con provechoso tino
 tiende la fuerte red, y las tres veces
 al recogerla, abillantó su trama,
 la refulgente escama
 que en vívido montón lucen los peces.

CXXVIII.

—¡Te lo anuncié, Miguel! Ya ves si acierto.—
 Dice alegre Roberto,
 mientras que sujetando por la agalla
 con diligente mano desenreda,
 al pez, que preso queda
 en los hilos nudosos de la malla.

CXXIX.

Y con aire triunfal alzando á pulso
 un sollo, que convulso
 entre sus férreos dedos se torcía,
 regocijado exclama:—¡Brava presa!
 No se pone en la mesa
 del rey, cosa mejor. ¡Este es gran día!—

CXXX.

El sol empieza á declinar. La gente
 á medida que siente
 su ganancia crecer, redobla el celo,
 y sin cejar un punto en su tarea,
 quién en la red se emplea,
 quién, sentado en la borda, echa un anzuelo,

CXXXI.

quién al enorme pez, que agonizante
 colea, en un instante
 con implacable actividad remata;
 y de la pesca el acre olor parece
 que alienta y fortalece
 al marinero en su existencia ingrata.

CXXXII.

A poco, tenue y vaporoso velo
 fué enturbiando del cielo
 la limpia claridad. Oscura nube
 desde el confín remoto se avvicina,
 sorbiendo la neblina
 que de las ondas impalpable sube.

CXXXIII.

A medida que llega va aumentando:
 el mar plácido y blando
 por momentos se encrespa y alborota,
 Estremécese el viento, antes dormido,
 y hácia el agreste nido
 tiende el medroso vuelo la gaviota.

CXXXIV.

De improvviso una racha fugitiva
 del oleaje aviva
 el ímpetu naciente. Las espesas
 nubes marchan en giro apresurado,
 y al fin rompe el nublado
 en gotas tan escasas como gruesas.

CXXXV.

—¡Hum!—exclama frunciendo el entrecejo
 un pescador ya viejo:
 —¡El tiempo muda, la borrasca avanza!—
 Y otro añade después:—Se aguló la fiesta!—
 —¡Ah, cobardes!—contesta
 Miguel en tono de amistosa chanza:

CXXXVI.

—¿Os asusta una nube de verano?—
 —¡Sí!—responde el anciano.
 —¡La galerna está encima!—No discuto—
 le interrumpe el patrón.—Mas Juana ha muerto,
 y yo no vuelvo al puerto
 si no llevo á su padre para el luto.—

CXXXVII.

Y la pesca siguió con mayor brío,
 sin que del mar bravío
 la sorda turbación los contuviera.
 Pues ¿quién fuerza al lebrél cuando en la pista
 la ansiada res avista,
 á pararse en mitad de su carrera?

CXXXVIII.

Mas de golpe la lluvia se desata
 cual rauda catarata;
 el huracán sus ráfagas sacude
 como un corcel la crin; al llamamiento
 del alterado viento,
 la ola, bramando de furor, acude.

CXXXIX.

Y se empeña otra vez con recio embate,
 el eterno combate
 que presencian los siglos confundidos,
 en que después de trágicos horrores,
 los fieros gladiadores
 ceden cansados, pero no vencidos.

CXL.

Quédase muda de estupor la gente.
 Negra, inmensa, rugiente
 rueda la tempestad: con ciego empuje
 cual fogoso bridón que se desboca,
 la ola adelanta, choca,
 contra la barca, retrocede y ruge.

CXLI.

—¡Hola!—grita Miguel.—¡Cortad la cuerda,
aunque la red se pierda!
Aún habrá tiempo de llegar al faro.
¡Ánimo, chicos! y forzad los remos,
que pronto arribaremos,
¡La santa Virgen nos dará su amparo!

CXLII.

El endeble timón Miguel aferra,
y á la cercana tierra
dirige el rumbo como buen marino,
mientras la gente, ante el peligro absorta,
con ágil remo corta
la indócil ola, abriéndose camino.

CXLIII.

Como acosado por la voz del trueno,
el mar su turbio seno
con resonante convulsión agita;
cual irritada fiera el lomo enarca
y hácia la frágil barca
sus gigantescas olas precipita.

CXLIV.

A merced de la mar arrolladora,
la lancha pescadora
los golpes sufre, pero no desmaya.
Y los vecinos del lugar, en tanto,
vuelan llenos de espanto,
en confuso tropel hácia la playa.

CXLV.

Mozos, ancianos, niños y mujeres,
imploran por los seres
que amenaza el furor del mar sombrío,
y ardientes quejas, alteradas voces
revueltas y veloces,
pueblan el aire en ronco griterío.

CXLVI.

Luégo el tropel desordenado y vario
invade el santuario
que la escarpada cúspide corona,
donde al pie del altar, una y cien veces
con dolorosas preces,
pide auxilio á su célica Patrona.

CLXVII.

Joven esposa sus cabellos mesa,
 otra, en silencio besa
 desesperada á un párvulo inocente,
 un débil niño en su pueril despecho,
 golpeándose el pecho,
 en el polvo del templo hunde su frente,

CLXVIII.

otro ofrece á la Virgen con devoto
 fervor, sencillo voto;
 y del concurso general, movido
 por el temor, la angustia y el deseo,
 el alto clamoreo,
 ¡ay! más que una oración, es un gemido.

CLXIX.

En el lugar más arduo de la costa,
 hácia la boca angosta
 del canal, siempre al marinero aciaga,
 bulle otra multitud, dando á los vientos
 sus ayes y lamentos,
 que el recio son del temporal apaga.

1020114359

CL.

Pintándose en su faz el extravío,
 por medio del gentío,
 la madre de Miguel, como una sombra,
 se mueve sin cesar. Corre, pregunta,
 reza, las manos junta,
 y al hijo amado, inconsolable nombra.

CLI.

Rosa trémula y muda la acompaña;
 copioso llanto baña
 sus claros ojos que oscurece el duelo.
 Tiene el lívido rostro de una muerta,
 y la razón cubierta
 de tormentosas nubes como el cielo.

CLII.

Todos enternecidos la abren paso
 ¿Conocerán acaso
 la noticia fatal? La incertidumbre
 de Rosa, surge á tan horrible idea,
 y con terror pasea
 su vista por la absorta muchedumbre.

CLIII.

Aquel silencio lúgubre la mata.

Frenética, insensata

á una amiga se acerca:—¿Dónde, dónde
está Miguel? ¡Ten lástima!—solloza.

La sorprendida moza
mírala estuperfecta, y no responde.

CLIV.

—¡Ha muerto!—añade acongojada.—¡Ha muerto!—

Pero un marino experto
en los trances del mar, compadecido
de la atroz inquietud que la enajena,
para templar su pena
dícele con amor:—¡Cobra el sentido!

CLV.

¿A qué viene apurarse de esa suerte?

¿Qué sacas con ponerte
en el último extremo? Cuando tarda
la barca en presentarse, conjeturo
que ya en lugar seguro,
tan sólo el fin del temporal aguarda.

CLVI.

¡Ea! Enjuga tus lágrimas: no llores,
porque riesgos mayores

ha vencido Miguel, que es tan resuelto.—

—Mas ¿le viste volver?—pregunta Rosa
turbada y anhelosa,
y le contesta el pescador:—No ha vuelto.—

CLVII.

Entonces trepa á la escarpada cima,
al borde se aproxima
del saliente peñón, como una idiota,
y expuesta á peligroso paroxismo,
avanza hácia el abismo
la descompuesta faz, que el viento azota.

CLVIII.

En medio del pesar que la anonada,
la atónita mirada
hunde en la inmensidad, y es su porfía
tan profunda y tenaz, que si pudiera,
la mar rebelde y fiera
con sus ávidos ojos sorbería.

CLIX.

¡Ay! ¡si lograrse traspasar la bruma!...
 ¡Si entre la blanca espuma
 viese al mortal por quien suspira y ruega!...
 Cuando divisa un barco en lontananza,
 renace su esperanza
 y clama, llena de ansiedad:—¡Ya llega!—

CLX.

¡Estéril impaciencia! ¡Vano empeño!
 ¿En dónde está su dueño
 que no acude á su voz? ¿Por qué no viene?
 Su amante madre la acaricia y calma.
 ¡Compadece al alma
 que da consuelos ¡ay! y no los tiene!

CLXI.

Allá en la playa un grupo generoso,
 sin tregua ni reposo
 anuda cuerdas y apareja un bote,
 sometido al mandato soberano
 de respetado anciano,
 mezcla de marinero y sacerdote.

CLXII.

Viril arrojo en sus pupilas arde
 sin ostentoso alarde,
 y aunque á los años la cerviz inclina,
 presta un vigor á su cabeza cana
 la fortaleza humana,
 templada al fuego de la fe divina.

CLXIII.

Al cabo por la estrecha cortadura,
 luchando á la ventura
 con el viento y las olas, impelida
 por la borrasca hácia el difícil paso,
 en donde puede acaso
 quedar á salvo ó perecer hundida,

CLXIV.

entre el fragor que por momentos crece,
 intrépida aparece
 la barca de Miguel; pero ¡en qué estado!
 Cual gladiador que tras inútil prueba
 huye vencido, lleva
 cien heridas de muerte en su costado.

CLXV.

Resistiendo la cólera salvaje
 del soberbio oleaje,
 la gente fuerzas del peligro cobra;
 y aunque la lancha, como leve pluma,
 entre montes de espuma
 parece á cada instante que zozobra,

CLXVI.

cien veces con impávido heroísmo,
 resurte del abismo
 obediente á la mano que la guía.
 Ninguna voz en su interior se escucha,
 que el riesgo de la lucha
 tiene una majestad muda y sombría.

CLXVII.

¡Oh! ¡van á perecer!—¿Queréis seguirme?—
 Con voz entera y firme
 pregunta el cura.—¡Á vuestro amor apelo!
 Arrancaremos á la mar su presa,
 y si en tan santa empresa
 morimos, ¿qué es morir? ¡Ganar el cielo!—

CLXVIII.

El religioso impulso que le mueve
 su aliento dobla, leve
 cual fornido mancebo, al bote salta.
 El peligro conoce y no le esquiva:
 pues ¿á quién, si arde viva
 la fe en su pecho, el ánimo le falta?

CLXIX.

Todos se aprestan á seguir su suerte,
 que aquel combate á muerte
 de generosa emulación los llena.
 ¡Oh humanidad, tan pronta al sacrificio,
 podrá mancharte el vicio
 y ofuscarte el error; pero eres buena!

CLXX.

El bote listo ya, con seis remeros
 hábiles y ligeros,
 abrirse paso hácia el canal ensaya.
 ¡Vana ilusión! ¡La mar embravecida
 con fuerte sacudida,
 pedazos hecho le arrojó á la playa.

CLXXI.

—¡Señor! Tus altos juicios no escudriño!—
 llorando como un niño,
 gimió en su angustia el viejo venerable.
 —Pero no hay tiempo que perder. ¡Subamos,
 hijos! Tal vez podamos
 desde el mismo peñón echar un cable.—

CLXXII.

Respondiendo á su voz, según costumbre,
 á la empinada cumbre
 el grupo corre, y con empeño lanza
 el recio cabo á la corriente ciega;
 mas ¡ay! que nunca llega
 al náufrago batel. ¡No hay esperanza!

CLXXIII.

¡No hay esperanza! El cura consternado
 increpa al mar airado.
 Sin freno alguno que su empuje venza,
 la tempestad incontrastable brama,
 Y el noble anciano exclama:
 —¡Hijos míos! ¡Yo acabo, y Dios comienza!—

CLXXIV.

¡No hay esperanza! Y la barquilla aún flota
 desgobernada y rota.
 Aún los pobres remeros, más audaces
 cuanto más la borrasca se acrecienta,
 lidian con la tormenta
 desesperados, sí, pero tenaces.

CLXXV.

¿Dónde tender la salvadora amarra?
 ¿Cómo cruzar la barra
 que el paso cierra del canal estrecho,
 si ya tiene la barca pescadora,
 quebrantada la prora,
 el casco hendido y el timón deshecho?

CLXXVI.

El avariento mar la presa ansía.
 ¡Ya es tuya! Todavía,
 resistiendo en los frágiles despojos
 del roto barco, en su ansiedad suprema,
 la gente rema, rema,
 rema, y nublan las lágrimas sus ojos.

CLXXVII.

¿Qué busca? ¿A dónde va? ¿Por qué se afana?

Su resistencia es vana.

¡Ay! la esperanza al corazón se aferra

en los casos adversos é infelices,

aún más que las raíces

á las duras entrañas de la tierra.

CLXXVIII.

—¡Juán, lárgame una estacha!—grita el bravo

Miguel,—y por un cabo

átala pronto y bien, que si consigo

con el otro nadar hasta la orilla,

podrá nuestra barquilla

en la gruta del faro hallar abrigo.—

LCXXIX.

Dobló la frente oscurecida y grave.

¿En qué pensaba? ¿Cabe

dudarlo un punto? En el edén perdido,

en su infeliz mujer, en el risueño

ángel, que vió en un sueño,

huérfano ¡ay triste! aun antes de nacido.

CLXXX.

De pronto grita Juán:—¡Ahí va la estacha!—

Miguel la frente agacha

para esquivar el golpe; mas Roberto,

cogiéndola en el aire de improviso,

prorrumpe:—No es preciso:

yo llegaré á la costa, vivo ó muerto.—

CLXXXI.

La pasión que alimenta su ternura,

y en él, como la pura

lámpara de un altar, arde escondida,

le inspiró, en su postrera llamarada,

ofrecer á su amada

no sólo el corazón, sino la vida.

CLXXXII.

De su mojado traje se desnuda,

y á su cintura anuda

la retorcida cuerda. Intenta en vano

resistirse Miguel en son de queja,

y se obstina, y forceja,

y arráncarsela quiere de la mano,

CLXXXIII.

—¡Quita!—Roberto exclama:—¡Si en un credo
 ganar la costa puedo!
 ¡Es inútil que chilles: no te escucho!
 Esto sería asesinar á Rosa.—
 Y con voz temblorosa
 dice, saltando al mar:—¡Quiérela mucho!—

CLXXXIV.

Hacia el negro peñón el rumbo guía,
 y sin temor confía
 á sus robustos brazos su defensa.
 Pero de pronto, en turbio remolino,
 á trastornarle vino
 ola veloz, arrolladora, inmensa.

CLXXXV.

Sobre su frente de improviso estalla,
 y en desigual batalla
 le revuelca, le arrastra y le sofoca.
 Desaparece el desdichado, juega
 la onda con él, y ciega
 le estrella al fin contra la enorme roca.

CLXXXVI.

Ante aquel espectáculo de muerte,
 desencajada, inerte,
 de pié sobre la mole de granito
 que sacude la mar tempestuosa,
 lanzó de pronto Rosa
 un grito aterrador. ¡Qué horrible grito!

CLXXXVII.

El ¡ay! desgarrador, como una espada,
 de quien no espera nada;
 ¡ay! que del corazón en lo más hondo
 las heces amarguísimas remueve
 del cáliz en que bebe
 la humanidad, para el dolor sin fondo.

CLXXXVIII.

Cual miés que cede al ímpetu del viento,
 convulsa, sin aliento,
 levantando sus manos, ya inactivas,
 la humilde multitud se postra en tierra,
 y con fervor que aterra
 eleva á Dios sus preces afflictivas.

CLXXXIX.

¡Oh momento solemne! Austero y triste
 la majestad reviste
 de su augusta misión el sacro anciano,
 y humedeciendo el llanto sus mejillas,
 se dobla de rodillas
 ante la inmensidad del Oceano.

CXC.

Su mano extiende trémula y cansada,
 levanta la mirada
 á la celeste bóveda, testigo
 mudo de tanto horror, y con acento
 parecido á un lamento:
 ¡Hijos!—grita.—¡Os absuelvo y os bendigo!—

CXCI.

¿Qué vió después la multitud? Ver pudo
 el cielo siempre mudo,
 desierto el mar, la barca destruida,
 y una hermosa mujer, rígida y yerta,
 lo mismo que una muerta,
 en el estéril peñascal tendida.

CXCII.

Un año ha trascurrido. La alta cumbre
 con su postrera lumbré
 baña fúlgido sol desde el ocaso,
 y en hora tal de paz y de misterio,
 al santo cementerio
 una débil mujer dirige el paso.

CXCIII.

¡Cuán sola está, cuán pobre, cuán cambiada!
 Rosa de pronto ajada
 en mitad de su alegre primavera,
 bajo el vivaz recuerdo que la excita,
 aquella flor marchita
 ni sombra es ya de lo que entonces fuera!

CXCIV.

Abraza y besa con febril cariño,
 á un escuálido niño
 nacido entre miserias y trabajos.
 El hatillo de príncipe, que un día
 soñó la fantasía
 del infeliz Miguel, era de andrajos.

CXC.V.

Recrudeciendo el duelo que la enerva,
 entre la fresca hierba
 dos fosas busca, se prosterna y ora.
 Y cobrando calor de un seno amante,
 el desvalido infante
 sus manecitas mueve, y también llora.

CXC.VI.

¡Ay! ¿Podrá ser que el leño de la selva
 á engalanarse vuelva?
 ¿Renovará sus cánticos el ave
 que dejó la borrasca, herida y muda?
 ¿La infortunada viuda
 olvidará algún día? ¡Dios lo sabe!

CXC.VII.

Todo lo gasta y borra el tiempo ingrato:
 el ardiente arrebato
 del amor, la ilusión que se deshoja,
 la fe que espira, el gozo y el tormento,
 que el hondo pensamiento,
 como el mar, sus cadáveres arroja.

CXC.VIII.

Mas cuando alguno en nuestra mente queda,
 cuando tenaz se enreda
 al débil corazón, y en él dilata
 su raíz, como hiedra trepadora,
 entonces nos devora,
 porque el triste recuerdo, ó muere ó mata.

FIN.